



Arsenio Lope Huerta

El último hijo de Juana la Loca

Reino de Goneril,
Barcelona, 2009

Historia de Fernando, hermano de Carlos

Hay al menos, que se sepa, dos maneras de contar la Historia: con mayúscula o con minúscula. Se puede contar desde arriba, tomando como testimonio los documentos que nos ha dejado el tiempo y centrándonos en los grandes hechos de armas y las glorias y miserias de los grandes hombres, que es como se cuenta en el libro del que nos ocupamos; o se puede contar desde abajo, intentando recabar cómo era la vida de todos aquellos hombres —inmensa mayoría— que a lo largo de los siglos no supieron distinguir entre minúsculas y mayúsculas porque no sabían leer ni escribir —y no podían, por tanto, ser los autores de los documentos

que nos han llegado—. En cualquier caso, contada de una u otra manera, la Historia tiene siempre el mismo protagonista: el hombre. Normalmente, además, muerto, es decir, el hombre muerto. Arsenio Lope Huerta, que no es historiador de formación, nos ofrece en *El último hijo de Juana la Loca* una entretenida semblanza del hermano damnificado por Carlos I. Retrato de familia —de familia, seguramente, demasiado entendida a la manera en que la burguesía del siglo XIX la entendió, que es, con algunas actualizaciones, la manera en que la entendemos hoy, pero no exactamente la manera que tenían de entenderla en el siglos XV y XVI—, este libro cuenta la historia de un príncipe destronado, el infante Fernando, hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca, nieto de Maximiliano de Habsburgo y de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, hermano de Carlos I. Nacido en Alcalá de Henares en 1503, Fernando —se llamaba así en honor a su abuelo— apenas conoció a su padre —muerto en 1506—, y a su madre, que tampoco le hacía demasiado caso, la encierran en Tordesillas cuando él contaba apenas seis años. Tuvo una infancia castellana y solitaria viendo a la madre incapacitada para el gobierno y viviendo las regencias de su abuelo y el cardenal Cisneros. Fernando el Católico había pensado en este nieto para sucederle, pero se lo impedía un acuerdo firmado que establecía la prioridad del primogénito Carlos. Llegó a hacer testamento a favor de

Fernando, pero finalmente se vio forzado a cambiarlo. Así, el nieto borgoñón, que nunca había estado en Castilla, acabaría siendo rey de Castilla, Aragón y un largo etcétera, mientras el nieto castellano, Fernando, se vería obligado a salir —no sin resistencia, que ahí están los levantamientos de los comuneros contra un rey que consideraban extranjero— hacia un territorio cuya cultura y lenguas tampoco conocía en absoluto. Fernando llegaría a ser rey de Alemania, de Hungría y Bohemia, y archiduque de Austria. Él será la primera piedra de lo que más tarde ocuparía el imperio Austro-Húngaro, así que de alguna manera su legado no se finiquitó hasta el final de la I Guerra Mundial. El poder de los Habsburgo, con sus intrincadas y complejas alianzas matrimoniales en las que se mezclaba sangre y poder, propiciaría su posición, pero para mantenerla, frente a los turcos —que asedian Viena— y frente a enemigos interiores como Juan Zapolya, no le vinieron mal su talante e inteligencia. Deslumbrado por el contacto con su abuelo Maximiliano —al que únicamente tuvo tiempo de tratar un año antes de su muerte— Fernando se acerca al ideal del príncipe renacentista: amante de las artes, tolerante con las creencias, implacable con las armas. Desde 1556 es, por cesión de su hermano Carlos, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, lo que constituía su máxima ambición. Fue leal con Carlos, al que prestó

dinero para unas arcas siempre exánimes por los esfuerzos militares, pero de él lo separaba la intransigencia contrarreformista, poco admisible para quien había de gobernar territorios con mayorías protestantes. Fernando I murió en Viena en 1564 —el mismo año que lo hace Calvino— con una larga descendencia a su alrededor. Nunca volvió al páramo castellano donde se había educado y del que tanto le costara salir. La capacidad divulgativa de Arsenio Lope Huerta hace disculpables algunos sentimentalismos que pueblan el texto y el exceso de empatía, aquí demasiado visible, que todo biógrafo adquiere con su biografiado, pues lo cierto es que *El último hijo de Juana la Loca* se lee con la misma pasión que cualquier buena novela.

ALFONSO LÓPEZ ALFONSO